

# LAS HUELLAS BORRADAS DE LOS TEMPLARIOS EN NAVARRA

Begoña PRO URIARTE

Después de mucho insistir, de repetidas misivas y embajadas a la corte parisina y de posponer la fecha en varias ocasiones, el rey Felipe IV de Francia dispuso que su primogénito, Luis, heredero de la corona navarra, viajara al reino en abril de 1307, tras entrevistarse con el papa Clemente V en Poitiers. Luis tenía entonces 17 años. Su madre, Juana I, reina titular de Navarra, había fallecido dos años antes (4 de abril 1305) en Vicennes, recayendo en él automáticamente la corona. Sin embargo, su padre se había negado a dejarle venir, amparándose en su minoría de edad, mientras él conservaba un título que no le correspondía. Entre otros motivos, se ha dicho que Felipe accedió porque a la corte francesa habían llegado rumores de que Fortún Almoravid, alférez real, había amenazado con proclamarse rey si Luis no se presentaba en el reino. Pero, tal vez, en el permiso paterno pesara más otra causa. Entre sus pertenencias, Luis trajo un documento secreto que no podía abrir hasta el alba del viernes, 13 de octubre de 1307. En él llevaba escrita la condena del Temple en Navarra.

Las huellas de los templarios en Navarra se diluyen entre el aura enigmática de la orden y la escasa trascendencia que sus freires parecieron tener en un reino alejado de la frontera de la reconquista; entre los apenas doscientos documentos que se conservan en nuestros archivos y el legado docto y hermoso con que revistieron sus heredades "que se ceñían al camino de Santiago (Sagüés, Astráin, Zariquiegui, Undiano, Obanos, Estella, hospital de Echávarri de la Solana), se apretaban en la ribera tudelana (Estercuel, Buñuel, Cortes) y se extendían hasta Sada, Eslava y Artieda", señala la *Gran Enciclopedia Navarra*. La orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Temple de Salomón, fundada en 1118 por el champañés Hugues de Payns, tuvo una rápida expansión en el mundo cristiano. Carlos

Sánchez-Marco, en la *Historia Medieval del Reyno de Navarra* (Fundación Lebrer Blanco), la atribuye a la unión de la disciplina del monje con la del guerrero.

El primer contacto del entonces reino de Pamplona con los templarios fue a través de Alfonso I el Batallador (rey de Aragón y Pamplona 1104-1134). Enfrentado con el conde de Toulouse, Alfonso I sitió Bayona (octubre 1130). El caballero templario Hugo de Rigaud había sido enviado por entonces al sur de Francia con la misión de recabar ayuda para el Temple. José Ángel Lema Pueyo, en *Las Cofradías y la introducción del Temple en los reinos de Aragón y Pamplona* dice que es bastante probable que Rigaud recalara en el campamento del rey pamplonés.



Alfonso I el Batallador,  
Rey de Aragón y Pamplona.



Entrada de vieja encomienda del Temple  
Puente la Reina

Alfonso I, un guerrero centrado en la reconquista, halló en los templarios al hijo que no tenía. Tuvo tan claro que ellos y solo ellos podían seguir su tarea, que durante el asedio a Bayona redactó su testamento, señalando a las órdenes militares como sus herederas. El padre Moret, en los *Annales del Reyno de Navarra*, lo reproduce así: "Y esto assi dispuesto para después de mi muerte dexo por heredero y sucesor mio al Sepulcro del Señor, que esta en Jerusalén y a los que velan en su custodia y sirven allí á Dios, y al Hospital de los Pobres en Jerusalem, y al Templo de Salomon con los caballeros, que allí velan para defensa de la Christiandad. A estos tres dejo mi Reyno, y el Señorío que tengo en toda la Tierra de mi Reyno, y el Principado y Jurisdiccion que me toca sobre todos los hombres de mi Tierra...". Y continúa: "Añado tambien á la Cavalleria del templo el Cavallo de mi persona con todas mis armas".

Es muy significativo que el rey dejara su caballo y sus armas a los templarios, legado que se solía reservar para el primogénito. Y que, en 1133, como se destaca en la *Gran Enciclopedia de Navarra*, les ofreciera sus heredades en la zona tudelana. Es probablemente, de este año, 1133, el primer establecimiento de la orden del Temple en suelo

pamplonés, que Ángeles García de la Borbolla, en su trabajo *La orden del Temple en el Reyno de Navarra*, atribuye a una donación de Fortún Garcés, noble cercano a Alfonso I. Lema nombra otras donaciones consistentes en rentas anuales, caballos y armas, de Diego Sánchez, Pedro Tizón, Pedro Momez o Fortún López.

El testamento de este rey marcó el futuro del reino. Los nobles, viendo la inviabilidad política de este legado, buscaron alternativas. Los aragoneses ofrecieron la corona de Aragón a Ramiro el Monje, hermano de Alfonso I. Los pamploneses se fijaron en García Ramírez, descendiente de García III el de Nájera por vía ilegítima, para refundar el reino de Pamplona. Esta elección tuvo sus consecuencias, ya que los nobles y el propio García Ramírez se convirtieron en deudores de las órdenes militares. El papa Inocencio III envió a Aragón un mediador para que estas renunciaran formalmente al testamento del Batallador. "En cuanto al reino de Navarra, nada dicen los Historiadores de él, y es verosímil se terminase con alguna justa transacción el derecho que a él pudieron haber adquirido por el citado testamento los instituidos igualmente de aquel reino, como resulta de su literal contexto", explica Pedro Rodríguez Campomanes en *Dissertaciones Históricas del orden y cavalleria de los Templarios*.



Vista Iglesia del Crucifijo de Puente

## ÉPOCA DE EXPANSIÓN

La máxima expansión del Temple en Navarra se dio durante los reinados de García Ramírez el Restaurador (1134-1150) y de su hijo, Sancho VI el Sabio (1150-1194), siendo maestros provinciales de la Rovera, Aviñon, de Ruyra, de Tarroja, Jofre y Claramonte. Los templarios en Navarra no tuvieron un maestro específico. Dependieron de los de Aragón Cataluña y Provenza. Su máxima autoridad era un lugarteniente, que residía en Puente la Reina. Martín Duque en *La restauración de la monarquía navarra y las órdenes militares (1134-1194)* explica que existen ocho diplomas del Restaurador dirigidos al Temple y que en 1149 les permitió "vender sus productos por todo el reino sin cortapisa alguna y los liberaba de las exacciones por lezda y portazgos". Durante el reinado de este rey, el Temple recibió seis donaciones importantes: Novillas (1135), que fue la primera encomienda del Temple en Navarra y en cuya zona recibieron villas, siervos, templos y dominios rurales, la Almunia de Almazara (1140), una heredad en Funes (1140), Estercuel (1141), una villa de Puente la Reina (1146) y una heredad en Los Arcos (1148).

Santos García Larragueta, en *El Temple en Navarra* afirma: "Sin llegar a los extremos de Alfonso I, García Ramírez, su sucesor en el trono pamplonés, mostró una extraordinaria generosidad con los templarios. Además de las seis donaciones que efectuó a su favor entre 1135 y 1148, al ingresar como cofrade en el Temple prometió *post obitum* sus caballos y armas. Asimismo, la orden había de beneficiarse del décimo del quinto real obtenido en cautivos y botín y, durante un periodo de dos años, de la mitad de las tierras que el rey ganase a los musulmanes".

En cuanto al rey Sancho VI, consta la donación en 1155 de un viñedo en Tidón y las cesiones de varios terrenos en la zona de Fontellas en marzo de 1157, a las que añadió en 1160 el privilegio de hacer acequia y presa, así como cortes de madera en el Soto de Fontellas, según explica el padre Moret en los *Annales de Navarra*. En 1173 les permitió utilizar las aguas sobrantes de los campos de Mosquera y de Fontellas. Y en 1177 les cedió Aberin. A estas donaciones reales se unieron algunas particulares: Desojo (1157, donada por Martín Rodriz, según consta en la *Gran Guía de la España Templaria, de Templespaña*), la ermita de Nuestra Señora de Villanue-

va (sita entre la localidad de Espronceda y el arroyo de San Pedro), o Lazagurría (donada por doña Blasquita Laméis y confirmada por su hijo Pedro Díaz).

Las encomiendas se multiplicaron. A la de Novillas siguieron las de Ribaforada, (surgida a partir de la unión de las tierras templarias de Estercuel y Espedolla), y la de Cintruénigo (localidad que todavía conserva la cruz patada en su escudo y que estuvo impulsada por la familia de Pedro de Cintruénigo, según explica Salvador Remírez en *Los Templarios en Cintruénigo*). Estas dos dominaban la parte sur, la más próxima a la frontera. Poco después surgió la de Puente la Reina, situada en el punto donde convergen los dos ramales del Camino a Santiago, lo que le añadía un valor espiritual. Y a ellas se unió Aberin, centro administrativo que cobijó el Lignum Crucis. La encomienda de Aberin estaba construida en forma de terrazas, donde se cultivaban hortalizas, frutas y cereales. Ejerció como hospital de peregrinos. Cuando se perdió Jerusalén en 1187, las reliquias y objetos sagrados del Temple guardados en la Casa Madre se distribuyeron por sus encomiendas. A Aberin se trajo una astilla de la Cruz, conservada en una cruz patriarcal. De esta misma época data la construcción de la enigmática Eunate, nunca confirmada como de ejecución templaria, aunque hay algunas geometrías y señales que así lo sugieren. Su forma octogonal, la repetición de la cruz patada en su planta y cúpula, la presencia del baphomet... A su construcción bien pudo contribuir la reina Sancha, esposa de Sancho VI, con varias donaciones.



Ermita de Eunate



Iglesia Crucifijo de Puente la Reina  
Detalle de capitel

## DECLINAR DE LA ORDEN

Las donaciones disminuyeron en los siguientes reinados. Sancho VII les donó unas heredades en Cortes y Mora en 1198, según consta en el *Cartulario de la Orden y Milicia del Temple*. La llegada de los reyes champañeses (Teobaldo I y sus hijos Teobaldo II y Enrique I) supuso una vuelta a los ideales de cruzada en Jerusalén y nada significativo respecto a la presencia de los templarios en Navarra. Fue el matrimonio de Juana I (hija de Enrique I) con Felipe IV de Francia lo que unió para siempre el nombre del verdugo de la orden del Temple con el reino de Navarra.

En 1285, Felipe IV heredó un reino de Francia prácticamente arruinado, debido a la cruzada fallida de su padre, Felipe el Atrevido, contra Pedro III de Aragón, a la guerra contra Inglaterra y a las campañas contra Flandes y Guyena, según contempla Pastora Barahona en *Historia de los Templarios*. Felipe, altamente endeudado, necesitaba dinero para paliar la crisis económica y atender su objetivo de organizar una gran expedición a Tierra Santa. Su primera medida fue

cargar al clero con impuestos. Esta decisión le enfrentó directamente con el papa Bonifacio VIII, quien consideró su forma de actuar como una clara injerencia en los asuntos eclesiásticos. Felipe, apoyado en Nogaret, acusó al papa de asesinato, sodomía, herejía e idolatría y lo mantuvo retenido en Anagni. El papa se defendió excomulgando a los implicados. Cuando Clemente V ocupó el solio, Felipe lo atrajo a su causa y a su casa, trasladando la sede pontificia a Avignon y sirviéndose de él, posteriormente, como depositario legal de la desintegración del Temple.

Tras el clero, Felipe buscó el oro de las familias más ricas para batir moneda. Después, se quedó con las riquezas y posesiones de los más de 100.000 judíos que desterró el 22 de julio de 1306. Tras los judíos, quienes manejaban más dinero eran los templarios, pero estos no vieron la maldición que se les venía encima. Una de las pretensiones que Felipe IV tenía en mente era, como se ha comentado, lanzar una gran cruzada sobre Tierra Santa. Para ello pretendía reunir un gran ejército liderado por su hijo Luis y fusionar las órdenes militares en una sola, que llevaría el nombre de Caballeros de Jerusalén. Esta última idea ya se había barajado en el concilio de Lyons (1274) a petición de Luis IX de Francia y también lo había intentado el papa Nicolás IV (1288-1292).

Jacques de Molay, el maestre templario, se encontraba en esos momentos en Chipre, de donde fue llamado por el papa para consultarle la idea de Felipe IV. Barahona dice que aquel se mostró prudente, aunque la idea de unir las dos órdenes no era de su agrado. Felipe hizo su siguiente movimiento antes de que el maestre pudiera regresar a Chipre, preparando los argumentos que esgrimiría contra los templarios y que, curiosamente, fueron los mismos que había utilizado contra Bonifacio VIII. El 24 de agosto de 1307 Felipe IV remitió una carta a Clemente pidiéndole que investigara a la orden. El 13 de septiembre envió emisarios a todas las provincias de su reino con órdenes secretas que debían ser abiertas al alba del 13 de octubre. Estas contenían los detalles para llevar a cabo una acción conjunta y coordinada en todo su territorio contra los templarios. Ignorante de todo, de Molay asistió a los funerales por la condesa de Valois, que era cuñada de Felipe IV, un día antes de su encarcelamiento.

## LUIS I EL HUTIN

Cuando murió la reina Juana I, los navarros llevaban prácticamente treinta años sin ver a sus reyes. Navarra se movilizó para reclamar la presencia de Luis. A finales de junio de 1305, el prior de la catedral de Pamplona envió sendas cartas a Felipe IV y a Luis, en nombre de los burgueses, ciudadanos, preladados y universidad del reino. José Goñi Gaztambide, en *Los obispos de Pamplona del siglo XIV*, señala que "Hacia el mes de abril de 1306 ya no son solamente los ruanos los que se congregaron en Estella, sino también los ricos hombres Fortunio Almoravit y Martín Xeméniz de Aibar y la universidad de los infanzones del regno de Navarra". Su objetivo: requerir la presencia de Luis, a quien reconocían como señor natural siempre y cuando viniera a ser coronado a Pamplona.

Goñi Gaztambide, explica también que "Fortunio Almoravit, alférez del reino, cada día más engreído y ambicioso, había comenzado poco a poco a soñar con la corona navarra, ganándose los corazones de casi todos los nobles y ciudadanos del país, menos los de Estella y su comarca. La conspiración se mantenía con la mayor reserva, pero un caballero navarro descubrió toda la trama al monarca francés, instándole, junto con algunos nobles fieles, a que él o su hijo acudiese sin tardanza a tomar posesión del reino". Aún así, Felipe no pareció tomarse el asunto con prisa.

El rey francés, que andaba por entonces urdiendo otros planes, dio largas hasta un año después. En abril de 1307 se reunió con el papa y su hijo en Poitiers para preparar el viaje. Felipe pidió al papa que levantara el entredicho en el que se encontraba el reino para cuando llegara Luis. Aunque ningún documento oficial recoge que Felipe y el papa trataran el tema de los templarios, es más que probable que este fuera un asunto negociado en privado y del que Luis estaría al corriente. En Navarra los ánimos seguían caldeados. El reino se reunió en cortes en abril y en septiembre. No entendían la tardanza de Luis, si, como había sido anunciado a través del capellán pontificio Berengarius de Olargio, tras la entrevista de Poitiers, este ya debía de estar en camino.

Efectivamente, Luis emprendió su viaje. Pero lo hizo con tranquilidad. El 24 de agosto se encontraba en Toulouse. Desde allí envió algunas cartas a Navarra, excusándose por la

tardanza y alegando enfermedad de algunas de sus gentes, como manifiesta Goñi Gaztambide. Sin embargo, Luis bien pudo esperar allí las órdenes de su padre que debían llegar el 13 de septiembre. Luis entró en Navarra, a finales de ese mes. Le acompañaban el condestable de Francia, Galcherus de Castellione, y los senescales de su padre. Escolta muy principal si tenemos en cuenta el clima enrarecido que se vivía en Navarra, pero muy significativa si, además, se trataba de terminar con los templarios. Luis fue coronado el 1 de octubre en la catedral de Santa María. El viernes, 13 de octubre, se encontraba en Pamplona. Allí, con las primeras luces del alba, tal y como le había ordenado su padre, debió de abrir la carta secreta que le fue entregada en Toulouse y ordenó la inmediata encarcelación de los templarios con la acusación de herejía.

La noticia llegó a Aragón, donde el maestre provincial envió a tres freires para interceder por sus hermanos. Pero ellos mismos fueron detenidos en Tudela, según explica Goñi Gaztambide. El rey justificó su acto como cumplimiento de un mandato papal, aunque en realidad, Clemente V no envió esa orden hasta el 22 de noviembre. El comendador pidió ayuda a Jaime II de Aragón y enviaron como embajador a Pedro de Mur. Este se entrevistó el 1 de noviembre, con el condestable de Francia y el canciller de Navarra. Logró que los tres freires aragoneses fueran excarcelados, pero nada pudo hacer por el resto de templarios que en el momento de la detención se encontraban en Navarra. Después de ciento setenta y cuatro años, la presencia de la orden en Navarra peligraba.



Iglesia Crucifijo de Puente la Reina  
Detalle de capitel



El rey Luis Hutín  
Palacio de Navarra

Javier Gallego Gallego en la colección *Reyes de Navarra* señala que en ese momento el Temple apenas tenía presencia en nuestro reino y que carecía de infraestructuras. Según este autor poseía dos encomiendas en Ribaforada y Aberin y algunas propiedades en Estercuel, Desojo, Novillas, Villaseca, Tudela, Estella o Los Arcos. "El número de freires era escaso y las máximas autoridades eran los comendadores de Aberin y Ribaforada". En 1309, un inventario de los bienes del temple en Ribaforada contabilizó: "varias cubas de vino, ropa de cama, sogas, frenos, ollas de cobre y otros utensilios de cocina, balles-tas, arcos, una espada, tres adargas, dos arcos turqueses, dos escudos, cuatro arados, ocho bueyes, dos asnas con sus pollinos, un asno, un *martiroge* y otras cosas de escaso valor", señala Goñi Gaztambide.

Los templarios permanecieron encarcelados hasta mayo de 1310, fecha en la que comenzaron sus interrogatorios en Estella y en Olite. Todos, empezando por los comendadores de Aberin y Ribaforada, se declararon inocentes. Pero la orden ya estaba sentenciada. En el concilio del 22 de marzo de 1312 el papa suprimió definitivamente el Temple y se dispuso que sus bienes pasaran a los Hospitalarios de San Juan. Luis Javier Fortún en *La orden de San Juan de Jerusalén en la Ri-*

*bera Tudelana dice que* «el 20 de abril de 1313, Luis Hutin reprodujo en Navarra la orden paterna de que las heredades del Temple pasaran a manos hospitalarias». Hugo de Chalderac, prior de la orden de San Juan en Navarra, tomó posesión el 1 de julio de Ribaforada y Fontellas. El 27 de julio de ese mismo año, el lugarteniente del gobernador, Hugo de Visac, ordenó al portero real, Miguel de Salinas, que enajenara Aberin, que pasó a depender de la encomienda sanjuanista de Bargaota. De la Iglesia del Crucifijo, que se estaba construyendo en Nuestra Señora de los Huertos, en Puente la Reina, se hicieron cargo los vecinos y los curas rurales hasta mediados del siglo XV, según relata Alberto J. Aceidegui en *Un paseo por Puente la Reina*. En este momento pasó a formar parte de la orden de San Juan por mediación de Luis de Beaumont.

Y así, una a una, las huellas de los templarios se difuminaron en Navarra hasta casi borrarse. Sus encomiendas, sus bienes y sus monjes se integraron en los hospitalarios, según lo había soñado Felipe IV de Francia, mientras Jacques de Molay, vigésimo tercer maestre del Temple, moría en la hoguera el 18 de marzo de 1314 y los últimos templarios se pudrían en las cárceles. Pero su legado, su sabiduría y su cultura sigue aquí en forma de capiteles, columnas, ermitas, iglesias, encomiendas... a pesar del silencio administrativo que se extendió sobre su final. Porque como dijo Jacobo Vitriaco, los templarios eran siempre los primeros en acudir a la lid y los últimos en retirarse de ella mientras su *beauséant* siguiera ondeando en el campo de batalla: "Los caballeros del Temple visten capas blancas con una cruz roja sencilla: una bandera o estandarte de dos colores que llaman *baucant* va delante de ellos en las batallas: con orden y algazara van a la batallas, esperan a sus enemigos y sus primeros ataques: en ir son los primeros, en volver los últimos porque atienden el mandato de su maestre. En mandando este pelear y sonando por la bucina la orden de sus comendadores, cantan en comunidad todas aquellas palabras de David con atención y devoción: *Non nobis domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. (No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Santo nombre da la gloria). Armados con sus lanzas acometen al enemigo, de un acuerdo, y con mucho brío, sin atreverse a retirarse, o del todo derrotan a sus enemigos, o todos mueren, siendo siempre los últimos en retirarse".